LIBRO dot.com

En un país lejano

Jack London



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

EN UN PAÍS LEJANO

Cuando un hombre viaja a un país lejano debe prepararse para olvidar muchas de las cosas que ha aprendido, y adquirir las costumbres propias de la vida en el nuevo país. Debe abandonar los viejos ideales y dioses y, a menudo, revertir los propios códigos que delinearon hasta entonces su conducta. Para quienes tienen la facultad proteica de adaptación, la novedad de semejante cambio puede ser inclusive una fuente de placer. Pero, para aquellos que se anquilosaron en los carriles en los que fueron creados, la presión de un entorno así modificado resulta insoportable, y se irritan en cuerpo y alma bajo las nuevas restricciones, que no comprenden. Esta irritación está llamada a actuar y reaccionar, produce males diversos y conduce a más de una desgracia. El hombre que no sepa adaptarse a la nueva rutina haría mejor en volver a su país. Si dilata demasiado el regreso, es seguro que morirá.

El hombre que vuelve la espalda a las comodidades de una vieja civilización para enfrentarse a la salvaje juventud, a la simplicidad primordial del Norte, puede evaluar su triunfo en proporción inversa a la cantidad y calidad de sus hábitos más desesperadamente enraizados. Si es el candidato justo, pronto descubrirá que los hábitos materiales son los menos importantes. El cambio de cosas tales como un delicado menú por una comida cruda; los duros zapatos de cuero por el blando y deforme mocasín; la cama de colchón de plumas por una manta en la nieve...eso, después de todo, es fácil. Pero sus apuros vendrán al aprender a modelar su actitud mental ante todas las cosas, y especialmente ante su prójimo. Debe sustituir las meras cortesías de la vida corriente por el desinterés, la indulgencia y la tolerancia. Así, y solo así, puede ganar la perla más cotizada: la verdadera camaradería. No debe decir "gracias", sino demostrarlo sin abrir la boca, y correspondiendo del mismo modo. En suma, debe sustituir la palabra por el hecho, la letra por el espíritu.

Cuando el mundo se sacudió con la historia del oro ártico y el señuelo del Norte se apoderó de todos los corazones, Carter Weatherbee abandonó su confortable trabajo de oficinista, entregó a su mujer la mitad de los ahorros y remanente compró un equipo. Nada había de romántico en su naturaleza, las cadenas del comercio lo habían destruido todo; simplemente, estaba cansado de la incesante rutina y deseaba correr grandes riesgos con vista a las debidas recompensas. Al igual que otros muchos insensatos que desdeñan los viejos caminos utilizados durante muchos años por los pioneros del Norte, se apuró para llegar a Edmonton en primavera. Y allí, desafortunadamente para su alma, se unió a una cuadrilla.

Nada e inusual había en ella, salvo sus planes. Su meta, como la de todas las demás, era el Klondike. Pero la ruta que habían escogido para alcanzarla dejaría sin aliento al nativo más fuerte, nacido y criado en las vicisitudes del Noroeste. El mismo Jacques Baptiste, hijo de una mujer chippewa y de un renegado voyageur -y que berreara su primer llanto en una tienda de piel de ciervo, al norte del paralelo sesenta y cinco, para ser acallado con dichosos chupetes de sebo crudo-, se quedó sorprendido. Aunque aceptó alquilarles sus servicios y guiarlos hasta los hielos permanentes, sacudía la cabeza en forma ominosa toda vez que se pedía su consejo.

La estrella diabólica de Percy debía estar en el cenit, pues también él se unió a esta compañía de argonautas. Era un hombre ordinario, con una cuenta bancaria tan profunda como su cultura, que ya es decir. No tenía motivo ninguno para embarcarse en una aventura semejante, ninguno en el mundo, excepto que sufría un desarrollo anormal de los sentimientos, sensiblería

que confundió con un auténtico espíritu de romanticismo y aventura. Muchos hombres han hecho lo mismo, y han cometido el mismo trágico error.

Los primeros deshielos primaverales vieron al grupo seguir el curso helado del río Elk. Era una flota imponente, pues el equipo era grande e iban acompañados por un desordenado contingente de voyageurs mestizos con sus mujeres y niños.

Día tras día trabajaban con sus bateaux y canoas, luchando contra mosquitos y otras plagas emparentadas, o sudando y maldiciendo durante los acarreos. Un trabajo duro como éste desnuda las raíces mismas del alma de un hombre, y antes de que el lago Athabasca se perdiera en el Sur, cada miembro de la expedición había revelado su verdadera índole.

Los dos gandules, y gruñones crónicos, eran Carter Weatherbee y Percy Cuthfert. La expedición completa se quejaba menos que cada uno de ellos de sus dolores y sufrimientos. Ni una sola vez se ofrecieron como voluntarios para alguna de las mil y una pequeñas labores del campamento. Acarrear un cubo de agua, cortar una brazada extra de madera, lavar y secar los platos, buscar entre el equipo algún artículo imprescindible para la ocasión... y estos dos decadentes retoños de la civilización se las ingeniaban siempre para descubrir torceduras y ampollas que exigían atención inmediata. Eran los primeros en acostarse por la noche, con una serie de tareas aún incumplidas; los últimos en saltar por la mañana, cuando la partida tenía que estar preparada antes de que empezara el desayuno. Eran los primeros en caer a la hora de comer, los últimos en dar una mano en la cocina; los primeros en lanzarse sobre una pequeña golosina, los últimos en descubrir que habían añadido a la suya la ración de algún otro. Si remaban, cortaban hábilmente el agua a cada golpe arreglándoselas para que la flotación de la barca eludiera el remo. Creían que nadie se daba cuenta, pero sus compañeros los maldecían por lo bajo y llegaron a odiarlos cada vez más; a su vez, Jacques Baptiste los despreciaba abiertamente y los aborrecía desde la mañana hasta la noche. Pero Jacques Baptiste no era un caballero.

En Great Slave compraron perros de la Hudson Bay y la flota se hundió hasta la línea de seguridad con su carga adicional de pescado seco y pemmican. Canoas y bateaux obedecieron a la rápida corriente del Mackenzie y penetraron en las Grandes Tierras Yermas. No quedó afluente de buen aspecto sin explorar, pero la huidiza tierra aurífera saltaba cada vez más hacia el Norte. En el Gran Oso, obsedidos por el terror normal de las Tierras desconocidas, sus voyageurs empezaron a desertar, y el Fuerte de Buena Esperanza vio a los últimos y más valientes doblarse bajo las sirgas, resistiéndose tenazmente a la corriente traidora por la que se deslizaban. Solo quedaba Jacques Baptiste. ¿No había jurado viajar hasta los hielos eternos?

Consultaban a cada paso los mapas mentirosos, trazados en su mayor parte sobre la base de habladurías. Y sintieron la necesidad de apurarse, pues el sol había pasado ya del solsticio del Norte y empujaba el invierno otra vez hacia el Sur. Bordeando las costas de la bahía, donde el Mackenzie desemboca en el océano Artico, entraron en la boca del río Little Peel. Entonces comenzó la ardua navegación corriente arriba, y los dos inútiles se las vieron peores que nunca. Sirgas y pértigas, remos y correas, rápidos y porteos: semejantes torturas sirvieron para producirle a uno de ellos un hondo rechazo a los grandes riesgos, y para imprimir en el otro una dura lección sobre el verdadero romanticismo de la aventura. Un día se amotinaron y, habiendo sido insultados en forma humillante por Jacques Baptiste, se revolvieron contra él como gusanos. Pero el mestizo los azotó y los envió, contusos y sangrantes, a hacer su trabajo. Era la primera vez que se los trataba con dureza.

Abandonando su barca en las fuentes del Little Peel, se les fue el resto del verano en el largo acarreo que los llevó por la cuenca del Mackenzie hasta West Rat. Esta pequeña corriente alimentaba el Porcupine que, a su vez, se unía al Yukón en donde esa poderosa autovía del Norte

desemboca en el Círculo Ártico. Pero habían perdido la carrera contra el invierno, y un buen día amarraron sus balsas al espeso hielo arremolinado y desembarcaron a toda prisa sus bienes. Esa noche el río se atascó y se desatascó por el hielo varias veces, y, a la mañana siguiente, ya se había dormido por largo rato.

-No podemos estar a más de seiscientos kilómetros del Yukón -concluyó el viejo Sloper, mientras recorría febrilmente la escala del mapa con las uñas de los pulgares.

El consejo, en el que los dos inútiles se habían quejado sin éxito de sus desventajas, se acercaba a su final.

-Eso fue la Factoría de la Hudson Bay, hace mucho tiempo. Ya no la utilizan.

El padre de Jacques Baptiste había hecho el viaje para la Compañía de Pieles en los viejos tiempos, y había recorrido buena parte del camino con dos dedos de un pie congelados. -¡Santo Dios! -gritó uno de la partida-. ¿No hay blancos? -Ningún blanco -dijo Sloper con tono sentencioso-. Pero solo hay setecientos kilómetros más por el Yukón hasta Dawson. Digamos que unos mil quinientos desde aquí. Weatherbee y Cuthfert gruñeron a coro: -¿Cuánto crees que tardaremos, Baptiste?

El mestizo calculó por un momento:

-Trabajando como el infierno, sin que nadie escurra el bulto, diez, veinte, cuarenta, cincuenta días. Si vienen esos bebés -señaló a los inútiles-, no se sabe. Tal vez cuando se congele el infierno, o tal vez ni siquiera entonces.

Se detuvo la confección de raquetas de nieve y de mocasines. Alguien llamó a un miembro ausente, que salió de una vieja cabaña, al borde de la hoguera, y se reunió con ellos. La cabaña era uno de los muchos enigmas que acechaban en los vastos y más apartados parajes del Norte. Nadie podía decir cuándo ni quién la había construido. Dos tumbas cavadas al aire libre, cubiertas por un montículo de piedras, encerraban quizás el secreto de esos primeros exploradores. Pero ¿qué manos habían apilado las piedras?

El momento había llegado. Jacques Baptiste se detuvo en el arreglo de un arnés y sujetó al perro más indócil. El cocinero protestó en silencio por el retraso, tiró un puñado de tocino en una ruidosa olla de frijoles, y luego puso atención. Sloper se levantó. Su cuerpo hacía un absurdo contraste con el saludable físico de los inútiles. Amarillo y débil, huyendo de unas fiebres sudamericanas, no había interrumpido su rampante travesía por las distintas regiones y todavía era capaz de trabajar con los otros hombres. Tal vez llegara apenas a los cuarenta y cinco kilos, incluyendo su pesado cuchillo de monte, y su pelo canoso hablaba de una plenitud viril ya inexistente. Los músculos frescos y jóvenes de Weatherbee o Cuthfert podían desarrollar diez veces la fuerza de los suyos. Sin embargo, él podía tumbarlos en el suelo con solo la caminata de un día. Y durante todo el día había estado animando a sus camaradas más fuertes a aventurarse en una travesía de mil quinientos kilómetros, colmada de las peores dificultades que se pudieran imaginar. Era la encarnación de las inquietudes de su raza y de la vieja obstinación teutónica, matizadas con la rápida comprensión y el afán de acción del yanqui: en él, la carne se sometía al espíritu.

-Todos los que estén a favor de seguir adelante con los perros tan pronto como endurezca el hielo, digan que sí.

-¡Sí! -exclamaron ocho voces, voces destinadas a ensartar una ristra de maldiciones a lo largo de cientos de kilómetros de penurias.

-En contra, digan no.

-¡No!

Por primera vez, los inútiles se identificaron sin ninguna clase de interés personal.

-¿Y qué piensan hacer al respecto? -agregó Weatherbee en tono belicoso.

-¡La mayoría decide! ¡La mayoría decide! -clamó el resto de la cuadrilla.

-Sé que la expedición puede ir al fracaso, si ustedes no vienen -replicó Sloper con suavidad-; pero supongo que, si ponemos todo el empeño, podemos arreglárnosla sin ustedes. ¿Qué dicen, muchachos?

Los demás se hicieron eco de este sentimiento.

-Pero... yo digo, ustedes saben -se atrevió a decir Cuthfert con aprensión-. ¿Qué va a hacer un tipo como yo...? -¿No vienes con nosotros? -No.

-Entonces haz lo que maldito te plazca. No tenemos más que decir.

-Calculo que podrás arreglártela con ese compañero tuyo -sugirió un hombre grueso del Oeste, de Dakota, señalando a Weatherbee-. Seguro que te preguntará qué piensas hacer a la hora de cocinar y de recoger la madera.

-Entonces, todo está arreglado -concluyó Sloper-. Partiremos mañana y acamparemos a unos siete kilómetros, solo para poner cada cosa en orden y ver si se nos olvidó algo.

Los trineos crujieron en sus patines de acero, y los perros tensaron los arneses en los que habían de morir, según su destino. Jacques Baptiste se detuvo junto a Sloper para echar un último vistazo a la cabaña. El humo se rizaba hacia arriba en volutas patéticas por el tubo de la estufa del Yukón. Los dos inútiles los miraban desde la puerta.

Sloper apoyó una mano en el hombro del otro.

-Jacques Baptiste, ¿has oído hablar alguna vez de los gatos de Kilkenny?

El mestizo negó con la cabeza.

-Bueno, mi amigo y buen camarada, los gatos de Kilkenny lucharon hasta que no quedó ni pellejo ni pelo ni maullido. ¿Entiendes? Hasta que no quedó nada. Muy bien. Ahora, a estos dos no les gusta trabajar. Estarán solos en esa cabaña todo el invierno; un duro, largo y oscuro invierno. Gatos de Kilkenny, ¿entiendes?

El francés que Baptiste llevaba dentro se encogió de hombros, pero el indio que también latía en él guardó silencio. Sin embargo era un gesto elocuente, preñado de presagios.

* * *

Al principio las cosas prosperaron en la pequeña cabaña. Las toscas bromas de sus compañeros habían hecho que Weatherbee y Cuthfert tomasen conciencia de su mutua responsabilidad. Además, después de todo, para dos hombres saludables el trabajo no era excesivo. Y la ausencia del cruel látigo, o en otras palabras, de esa topadora que era el mestizo, había producido en ellos una reacción jocosa. Al principio cada uno se esforzaba por superar al otro en la ejecución de pequeñas tareas, con una unción que hubiera hecho abrir los ojos a sus compañeros, quienes empeñaban ahora cuerpos y almas en la Larga Ruta.

Toda preocupación fue desterrada. El bosque, que los cobijaba por tres lados, constituía una inagotable fuente de leña. A unos metros de su puerta dormía el Porcupine, y un agujero en su manto invernal creaba una fuente de agua burbujeante, cristalina y dolorosamente fría. Pero pronto se las arreglaron para encontrar fallas incluso en eso. El agujero insistía en congelarse, lo que les hacía invertir muchas miserables horas en picar hielo. Los desconocidos constructores de la cabaña habían extendido los troncos laterales para soportar, en la parte posterior, un cobertizo donde se había almacenado el grueso de las provisiones de la cuadrilla. Había comida sin restricciones, para tres veces los hombres que iban a vivir de ella. Pero la mayor parte era de la clase que brindaba fuerza muscular y resistencia pero que no regalaba el paladar. Es verdad que

había azúcar abundante para dos hombres normales, pero estos dos eran poco menos que niños. Pronto descubrieron las virtudes del agua caliente saturada de azúcar, y sumergían en ella con prodigalidad los bizcochuelos o mojaban las cortezas en el sabroso y blanco almíbar. Luego vinieron los calamitosos saqueos al café, al té y, en especial, a los frutos secos. Las primeras diferencias fueron por la cuestión del azúcar. Y es algo realmente grave que dos hombres, dependientes por entero uno del otro, empiecen a reñir.

Weatherbee amaba lanzar vocingleros discursos políticos mientras que Cuthfert, quien era aficionado a cortar sus cupones y dejar que la Mancomunidad se abriese paso a los codazos lo mejor posible, ignoraba el asunto o se enfrascaba en sorprendentes epigramas. El dependiente era demasiado obtuso para apreciar la inteligente formulación de los pensamientos, y a Cuthfert lo irritaba este despilfarro de munición. Estaba acostumbrado a ofuscar a la gente con su brillantez y le resultaba difícil aceptar esta pérdida de público. Se sentía personalmente ofendido, e inconscientemente hacía responsable de ello al cabeza-cuadrada de su compañero. Salvo su existencia, no tenían nada en común, no coincidían en un solo punto. Weatherbee era un empleado que no había conocido otra cosa en toda su vida; Cuthfert era un licenciado en artes, aficionado a la pintura y había escrito no poco. Uno era un hombre de clase baja que se consideraba caballero, y el otro un caballero que se sabía tal. Aquí se puede remarcar que es posible ser caballero sin tener el primitivo instinto de la verdadera camaradería. El dependiente era tan sensual como el otro era esteticista, y sus aventuras amorosas, contadas con lujo de detalles y en su mayoría acuñadas por su imaginación, afectaban al ultrasensible licenciado de la misma manera que otras tantas bocanadas de gases de cloaca. Consideraba al dependiente un obsceno, un bruto ignorante, cuyo lugar estaba en el barro con los cerdos, y así se lo dijo. El, a su vez, recibió la información de que era un blandengue afeminado y un sinvergüenza. Weatherbee no hubiera podido definir "sinvergüenza" en toda su vida, pero le bastaba para sus propósitos, lo cual, en última instancia, parece ser lo principal en la vida.

Weatherbee desafinaba una nota cada tres, y a veces, durante horas enteras cantaba canciones como "El ladrón de Boston" y "El bello joven de la cabaña", mientras Cuthfert lloraba de rabia hasta que ya no podía aguantar más y huía al frío exterior. Pero no había escapatoria. El intenso frío no podía soportarse por mucho tiempo, y la pequeña cabaña los amontonaba -camas, estufa, mesa, y todo- en un espacio de diez por doce. La presencia misma de cada uno se convirtió en una afrenta personal para el otro, y se sumergían en silencios taciturnos que aumentaban, al pasar los días, en duración e intensidad. De vez en cuando, una mirada furtiva o un labio que se levantaba era lo mejor de ellos, aunque se esforzaban por ignorarse por completo durante estos períodos de silencio. Y se alzó en sus pechos un enorme asombro: cómo Dios pudo jamás crear al otro.

Como había poco que hacer, el tiempo les resultaba una carga intolerable. Esto, naturalmente, los hizo aún más perezosos. Se hundieron en un letargo físico del que no había escape posible y que los hacía rebelarse ante la mínima tarea. Una mañana en que le tocaba preparar el desayuno común, Weatherbee salió de entre las mantas y, entre los ronquidos de su compañero, encendió primero el candil y luego la lumbre. Las ollas estaban muy heladas y no había agua con qué lavarlas. Pero esto no le importó. Mientras esperaba a que se deshelaran, cortó el tocino y se volcó a la odiosa tarea de hacer pan. Cuthfert lo había estado observando astutamente con los ojos entornados. Como consecuencia de ello tuvieron una disputa, en la que se bendijeron fervientemente el uno al otro y se pusieron de acuerdo en que desde ese momento cada uno cocinaría para sí. Una semana más tarde Cuthfert se olvidó de hacer su lavado matutino,

pero comió complaciente la comida que había preparado. Weatherbee se sonrió. Después de eso, la tonta costumbre de lavarse se desvaneció de sus vidas.

A medida que menguaban el azúcar y otros lujos, empezaron a temer que no recibirían las raciones debidas, y, para que no los robasen, empezaron a atracarse. Los placeres sufrieron con esta competición glotona, y también los hombres. La falta de verduras frescas y ejercicio les empobreció la sangre, y una odiosa erupción morada les cubrió el cuerpo. Sin embargo, no hicieron caso de la advertencia. Luego de eso, se les empezaron a hinchar los músculos y articulaciones, la carne se les ennegreció mientras que sus bocas, encías y labios tomaron un color crema. En vez de unirse en su miseria, cada uno se recreaba con los síntomas del otro a medida que avanzaba el escorbuto.

Se despreocuparon por completo de su aspecto personal y, en pocas palabras, hasta de la decencia. La cabaña se convirtió en una pocilga y nunca más volvieron a hacerse las camas ni a colocar debajo de ellas ramas frescas de pino. Sin embargo, no podían permanecer entre las mantas como les hubiera gustado, pues la helada era inexorable y la lumbre consumía demasiada leña. El pelo de sus cabezas y caras era largo y desaliñado, mientras que sus ropas habrían repugnado a un trapero. Pero eso no les preocupaba. Estaban enfermos y nadie los veía; además, moverse era muy doloroso.

A todo esto se sumó un nuevo problema: el Miedo del Norte. Este miedo era hijo del Gran Frío y del Gran Silencio y nació en la oscuridad de diciembre, cuando el sol se hunde para siempre bajo el horizonte. A cada uno le afectó según su naturaleza. Weatherbee cayó víctima de groseras supersticiones e hizo cuanto pudo por resucitar a los espíritus que dormían en las tumbas olvidadas. Era algo fascinante. En sus sueños se le acercaban desde el frío y se le metían entre las mantas y le contaban los trabajos y sufrimientos que les había causado la muerte. Se encogía para escapar a su contacto viscoso mientras enredaban en él sus miembros helados, y cuando le susurraban al oído las cosas que todavía habían de venir, la cabaña se estremecía con sus gritos de horror. Cuthfert no entendía, pues hacía tiempo que no se hablaban y, cuando se despertaba, aferraba invariablemente el revólver. Luego se sentaba en la cama, nervioso, tiritando y apuntando el arma hacia el soñador inconsciente. Juzgó que el hombre se estaba volviendo loco, y lo invadió el temor por su vida.

Su propia enfermedad adoptó una forma menos concreta. El misterioso artesano que había construido la cabaña tronco a tronco había clavado una veleta a la viga maestra. Cuthfert advirtió que apuntaba siempre al Sur, y un día, irritado por su inmovilidad, la giró hacia el Este. Observó atento, sin que la moviera un solo soplo. Luego giró la veleta hacia el Norte, jurando no volver a tocarla hasta que soplase el viento. Pero la calma sobrenatural del aire lo atemorizó, y se levantaba con frecuencia en mitad de la noche para ver si la veleta había girado: se habría contentado con diez grados. Pero no, se cernía sobre él, tan invariable como el destino. Se le desató la imaginación, hasta que la veleta se convirtió en un fetiche. A veces seguía la dirección que marcaba por los sombríos dominios y dejaba que su espíritu se saturase por el Miedo. Meditaba acerca de lo invisible y lo desconocido, hasta que el peso de la eternidad parecía aplastarlo. Todas las cosas en el Norte parecían poseer ese efecto aplastante: la ausencia de vida y movimiento, la oscuridad, la paz infinita de la tierra triste, el espantoso silencio, que convertía en sacrilegio el eco de cada latido del corazón, el bosque solemne que aparentaba esconder algo horrible e inexpresable que ni la palabra ni el pensamiento podían comprender.

El mundo que había dejado no hacía mucho tiempo, con sus naciones laboriosas y sus grandes empresas, parecía muy lejano. Los recuerdos se entremezclaban de vez en cuando, recuerdos de centros comerciales, y galerías y calles llenas de gente, de trajes de noche y actos

sociales, de hombres buenos y mujeres queridas que había conocido. Pero eran recuerdos confusos de una vida que había vivido hacía muchos siglos, en algún otro planeta. Este fantasma era la realidad. De pie bajo la veleta, con los ojos fijos en los cielos polares, él no podía convencerse de que el Sur existiera realmente y que en ese mismo instante bullera de vida y de acción. No existía el Sur, ni hombres nacidos de mujeres, ni gente que se daba y recibía en matrimonio. Más allá de ese horizonte inhóspito se extendían vastas soledades, y más allá de ellas soledades todavía más vastas. No había tierras bañadas por el sol, pesadas por el perfume de las flores. Esas cosas no eran más que viejos sueños del paraíso. Las tierras soleadas del Oeste, las de las especias del Este, las sonrientes Arcadias, las felices islas de los bienaventurados.

-¡Ja, ja! -su risa desgarró el vacío y lo sorprendió con su sonido inusitado. No había sol. Este era el universo, muerto, frío y oscuro, y él, su único habitante. ¿Weatherbee? En tales momentos Weatherbee no contaba. Era un Calibán, un monstruoso fantasma encadenado a él para toda una eternidad, castigo de algún crimen olvidado.

Vivía con la muerte entre los muertos, mutilado por el sentimiento de su propia insignificancia, aplastado por el dominio pasivo de las edades dormidas. La magnitud de todo lo espantaba. Todo era superlativo, menos él: la perfecta ausencia de viento y de movimiento, la inmensidad de la desolación cubierta de nieve, la altitud del cielo y la profundidad del silencio. Esa veleta: ¡si solo se moviera! Si cayera un rayo, o si el bosque ardiera en llamas. Si los cielos se enrollaran como un pergamino, el estallido del Juicio Final... ¡cualquier cosa, cualquier cosa! Pero no, nada se movía. El Silencio lo acorralaba y el Miedo del Norte posó sus dedos helados sobre su corazón.

Una vez, como otro Crusoe, encontró unas huellas a la orilla del río: una débil huella de la liebre de las nieves sobre la delicada corteza nevada. Fue una revelación. Existía vida en el Norte. La seguiría, la contemplaría, se recrearía en ella. Se olvidó de sus músculos hinchados al lanzarse por la honda nieve en un éxtasis de anticipación. El bosque se lo tragó y el breve crepúsculo del mediodía desapareció, pero él persistió en su búsqueda hasta que su naturaleza exhausta se agotó y lo tumbó indefenso en la nieve. Allí se quejó, y maldijo su locura. Entonces supo que la huella había sido una fantasía de su cerebro. Y esa noche, ya tarde, se arrastró gateando hasta la cabaña, sobre las manos y las rodillas, con las mejillas heladas y un extraño entumecimiento en los pies. Weatherbee le sonrió malévolamente, pero no se ofreció a ayudarlo. Se introdujo agujas en los dedos de los pies y se los descongeló junto a la estufa. Una semana más tarde vino la gangrena.

Pero el dependiente tenía sus propios problemas. Los muertos salían ahora de sus tumbas con mayor frecuencia y rara vez lo abandonaban, estuviera despierto o dormido. Se descubrió esperando y temiendo que vinieran y no podía pasar cerca de los dos túmulos de piedras sin sentir un escalofrío. Una noche se le acercaron en sueños y le asignaron una tarea. Sobrecogido por un horror mudo, se despertó entre los montículos de piedra y huyó alocadamente hacia la cabaña. Pero había estado allí bastante tiempo, ya que también se le habían congelado los pies y las mejillas.

A veces se ponía frenético ante su insistente presencia, y bailaba alrededor de la cabaña cortando el aire con un hacha

Y rompiendo todo lo que estaba a su alcance. Durante estos encuentros fantasmagóricos, Cuthfert se acurrucaba entre las mantas y seguía al hombre enloquecido con el revólver amartillado, dispuesto a dispararle si se acercaba demasiado. Al recobrarse una vez de estos ataques, el dependiente descubrió el arma que lo encañonaba. Sus sospechas despertaron, y desde entonces también él empezó a temer por su vida. Después de eso se observaban de cerca, se miraban de frente y se sobrecogían cada vez que uno se ponía a las espaldas del otro. Esta

aprensión se convirtió en una manía que los dominaba hasta en sueños. Por miedo recíproco, dejaron tácitamente que el candil ardiera toda la noche y comprobaban si había una abundante reserva de grasa de tocino antes de retirarse. El menor movimiento de uno bastaba para despertar al otro, y, durante muchas vigilias, sus miradas se cruzaron mientras temblaban bajo las mantas con el dedo en el gatillo.

Con el Miedo del Norte, la tensión mental y los estragos de la enfermedad, perdieron toda semejanza humana adoptando la apariencia de bestias salvajes, cazadas y desesperadas. Como consecuencia del congelamiento se les habían ennegrecido las mejillas y las narices. Se les empezaron a caer los dedos congelados, a la altura de las primeras y segundas articulaciones. Cada movimiento les producía dolor, pero la estufa era insaciable y arrancaba a sus cuerpos miserables toda una serie de torturas. Día tras día ella exigía su alimento, una verdadera libra de carne, y ellos se arrastraban de rodillas hasta el bosque para cortar leña. Una vez, gateando de esta manera en busca de ramas secas, sin saberlo ninguno de ellos, rodearon el mismo arbusto por lados opuestos. De repente, sin previo aviso, se enfrentaron dos cabezas cadavéricas. A tal punto los sufrimientos los habían transformado, que les fue imposible reconocerse. Se levantaron de un salto, gritando aterrorizados, corriendo con sus mutilados muñones y, cayendo a la puerta de la cabaña, se arañaron y clavaron las uñas como demonios, hasta que descubrieron su equivocación.

De vez en cuando tenían momentos de lucidez y, durante uno de estos intervalos, dividieron equitativamente la manzana de la discordia: el azúcar. Vigilaban sus respectivos sacos, guardados en el depósito, con verdadero celo, pues solo quedaban unas cuantas tazas y no se fiaban en absoluto el uno del otro. Pero un día, Cuthfert se equivocó. Casi sin poder moverse, enfermo de dolor, la cabeza dándole vueltas y los ojos enceguecidos, se deslizó hacia el depósito con el bote del azúcar en la mano, y confundió el saco de Weatherbee con el suyo.

Enero había empezado hacía solo unos días, cuando esto ocurrió. Desde algún tiempo antes el sol había remontado su punto más bajo por el Sur y ahora, desde el meridiano, lanzaba ostentosos rayos de luz amarilla contra el cielo del Norte. Al día siguiente de su equivocación con el saco del azúcar, Cuthfert se sintió mejor tanto física como espiritualmente. Al aproximarse la tarde e iluminarse el día, se arrastró afuera para regalarse el brillo evanescente, que para él era un anticipo de las futuras intenciones del sol. Weatherbee también se sentía un poco mejor y se arrastró a su lado. Se sentaron en la nieve, bajo la inmóvil veleta, y esperaron.

La quietud de la muerte rondaba a su alrededor. En otros climas, cuando la naturaleza cae en tales estados de ánimo, hay un suave aire de expectación, una esperanza de que alguna pequeña voz rompa la tensión. No ocurre así en el Norte. Los dos hombres habían vivido eternidades aparentes en esta paz fantasmal. No recordaban ninguna canción del pasado, ni podían conjurar ninguna canción del futuro. Siempre había existido esta calma extraterrena, el tranquilo silencio de la eternidad.

Sus ojos estaban fijos en el Norte. Invisible, a sus espaldas, tras las imponentes montañas del Sur, el sol marchaba hacia el cenit de otro cielo distinto al suyo. Espectadores únicos del poderoso lienzo, contemplaban el falso crepúsculo crecer lentamente. Una débil llama empezó a arder sin calor. Aumentó en intensidad, cambiando enérgicamente del amarillo rojizo al morado y al azafranado. Se volvió tan brillante, que Cuthfert creyó que el sol debía estar tras ella. ¡Un milagro, el sol amanecía en el Norte! De repente, sin avisar y sin fluctuar gradualmente, el telón fue borrado. No hubo ningún color en el cielo. El día se había quedado sin luz. Retuvieron la respiración en un medio sollozo. ¡Y he aquí el resultado! El aire brillaba con partículas de hielo centelleante, y allí, al Norte, la veleta trazaba un vago perfil en la nieve. ¡Una sombra, una sombra! Era exactamente mediodía. Giraron apresuradamente las cabezas hacia el Sur. Un anillo

dorado asomó sobre los hombros nevados de la montaña, les sonrió por un instante y desapareció nuevamente de su vista.

Había lágrimas en sus ojos cuando se miraron. Los invadió una extraña suavidad. Se sintieron irresistiblemente unidos el uno al otro. El sol estaba volviendo otra vez. Estaría con ellos mañana, y el día siguiente, y el otro. Y permanecería más tiempo en cada visita, y llegaría el día en que surcaría los cielos día y noche, sin hundirse ni una vez bajo el horizonte. No habría noche. El invierno helado quedaría roto, soplarían los vientos y responderían los bosques; la tierra sería bañada por los benditos rayos solares y la vida renacería. Mano con mano, abandonarían este horrible sueño, volverían a las tierras del Sur. Avanzaron ciegos y tambaleantes, sus manos se encontraron, sus pobres manos mutiladas, hinchadas y deformadas bajo los mitones.

Pero la promesa no llegaría a cumplirse. El Norte es el Norte; los hombres se desgastan allí el alma con leyes extrañas, que no podrían llegar a comprender otros hombres que no hayan viajado a tierras lejanas.

Una hora más tarde, Cuthfert introdujo una cazuela con pan en el horno y comenzó a especular sobre lo que podían hacer los cirujanos con sus pies, a su regreso. El hogar no parecía tan remoto ahora. Weatherbee estaba revolviendo en el depósito de alimentos. De repente lanzó un torbellino de blasfemias, que, poco más tarde, cesaron en forma llamativamente abrupta. El otro le había robado su saco de azúcar. Las cosas podían haber ocurrido de distinta manera si los dos muertos no hubieran salido de abajo de las piedras y si hubieran acallado las palabras calientes en su garganta. Lo guiaron con suavidad afuera del depósito, que olvidó cerrar. Los hechos se habían consumado; estaba a punto de ocurrir lo que le habían susurrado en sueños. Lo condujeron suavemente, muy suavemente, hacia el montón de leña y colocaron el hacha en sus manos. Luego lo ayudaron a abrir la puerta de la cabaña, y él estaba seguro de que la habían cerrado tras él: al menos oyó el portazo y el cerrojo al ajustarse en su sitio. Sabía que estaban esperando afuera, esperando a que realizase su tarea.

-¡Carter! ¡Oye, Carter! -Percy Cuthfert se asustó al ver la cara del dependiente y se apresuró a interponer la mesa entre ellos.

Carter Weatherbee lo siguió sin prisa y sin entusiasmo. Su rostro no mostraba la menor piedad ni cólera; solo la mirada paciente e imperturbable del que tiene una tarea que realizar y lo hace metódicamente.

-¡Oye! ¿Qué ocurre?

El dependiente se echó hacia atrás, cortándole el paso a la puerta, pero sin abrir la boca.

-¡Escucha, Carter! ¡Escucha! ¡Hablemos! ¡Eres un buen tipo!

El licenciado en artes pensaba rápidamente, trazando un hábil movimiento lateral hacia la cama, donde guardaba su Smith & Wesson. Sin apartar los ojos del loco, rodó sobre el camastro al tiempo que empuñaba la pistola.

-¡Carter!

La pólvora le dio de lleno a Weatherbee en la cara, pero este blandió su arma y dio un salto adelante. El hacha se hundió en la base de la espina dorsal de Percy Cuthfert, quien sintió cómo lo abandonaba toda la sensibilidad en sus extremidades inferiores. El dependiente cayó pesadamente sobre él, agarrándolo de la garganta con dedos débiles. El agudo mordisco del hacha había obligado a Cuthfert a soltar la pistola y, mientras sus pulmones pugnaban por atrapar el

aire, la buscó revolviendo entre las mantas. Luego recordó. Deslizó una mano por el cinturón del empleado hasta dar con el cuchillo de monte. Se acercaron mucho en ese último abrazo.

Percy Cuthfert sintió que las fuerzas lo abandonaban. La parte inferior de su cuerpo era inservible. El peso inerte de Weatherbee lo aplastaba, lo aplastaba y lo retenía como un oso en una trampa. La cabaña se llenó de un aroma familiar y supo que se estaba quemando el pan. Pero ¿qué importaba? Ya no lo necesitaría. Y todavía quedaban seis tazas de azúcar en el depósito: de haberlo sabido no habría sido tan ahorrativo en los últimos días. ¿Se movería alguna vez la veleta? Quizás girase en esos momentos. ¿Por qué no? ¿Acaso hoy no había visto el sol? Iría a ver. No, era imposible moverse. No creía que el dependiente fuera tan pesado.

¡Con qué rapidez se enfriaba la cabaña! El fuego debía haberse apagado. El frío se abría camino. Ya debían estar bajo cero. El hielo estaría deslizándose por la rendija de la puerta. No podía verlo, pero su pasada experiencia le permitía calcular su avance por la temperatura de la cabaña. La bisagra inferior estaría ya blanca. ¿Llegaría esta historia alguna vez al mundo? ¿Cómo lo tomarían sus amigos? Lo más probable es que la leyeran al beber el café y lo comentasen en los clubes. Los veía con toda claridad. ¡Pobre Cuthfert!, murmurarían. ¡Después de todo no era mal chico! Sonrió ante los elogios y luego siguió en busca de un baño turco. Siempre había la misma multitud en las calles. ¡Qué extraño! No notaba sus mocasines de piel de alce ni sus deshilachados calcetines alemanes. Tomaría un taxi. Después de todo, no le vendría mal un baño y una afeitada. No. Primero comería. Un bistec con papas y verdura: ¡qué fresco era todo! ¿Y qué era eso? Miel, ¡ámbar líquido y chorreante! ¿Por qué le traían tanta? ¡Ja, ja! Nunca se la podría comer toda. ¿Lustre? Por supuesto. Coloco el pie encima del cajón. El limpiabotas lo miró con curiosidad, él recordó sus mocasines de piel de alce y se marchó a toda prisa.

¡Escucha! La veleta giraba, seguro que giraba. No, era un mero zumbido de sus oídos. Eso era todo, un simple zumbido. Para entonces, el hielo debía haber rebasado la cerradura. Lo más seguro es que hubiera cubierto ya la bisagra superior. Entre los resquicios musgosos de los troncos del techo empezaron a aparecer pequeñas puntas de hielo. ¡Con qué lentitud crecían! No, no tan lentamente. Ahí estaba otra nueva, y allí otra. Dos, tres, cuatro, aparecían demasiado de prisa para poder contarlas. Ahí se habían juntado dos. Y allí se había unido una tercera. Ya no quedaban resquicios. Se habían unido todas para formar una sábana.

Bueno, estaría acompañado. Si San Gabriel rompía alguna vez el silencio del Norte, ellos estarían juntos, tomados de la mano, ante el gran trono blanco. Y Dios los juzgaría. ¡Dios los juzgaría!

Luego, Percy Cuthfert cerró los ojos y se durmió.